

Luna de fuego

Jess Lorens



Capítulo 1

Prólogo

—Abuelita ¿con quién hablas? —Recordó Laila la noche en que le preguntó a la anciana de cabellos plateados como los rayos de luna que ahora contemplaba. Su abuela le sonrió y las arrugas de su rostro se acentuaron aun más.

—Te digo si prometes no decirle a nadie —le susurró con complicidad.

—Lo prometo por todas las galletas de chocolate del mundo. —La pequeña Laila mostró sus pequeños dientes de leche en una enorme sonrisa.

—¡Esa es mi muñeca! —Su abuela la alabó y luego la ayudó a sentarse en sus piernas como de costumbre—. ¿Ves la luna allá arriba? —La niña asintió con toda la atención puesta en el cielo—. Es hermosa ¿verdad?

—Sí.

—Pues hablo con ella.

Sus enormes ojos volaron al rostro de la anciana.

—¿Con la Luna? —chilló.

—Shh. Sí, hablo con la luna.

—¿Y ella puede oírte? —quiso saber la ingenua niña. Para ella, a sus cinco años, todo era posible.

—Oh sí, por supuesto, cielo. Sino no hablaría con ella.

—¿Puedo hacerlo yo? —La miró con ojos suplicantes, entusiasmados y llenos de esperanza.

—¿Quieres hacerlo?

Ella asiente eufóricamente creyendo que por arte de magia la luna descendería del cielo hasta sus manos.

—Entonces le diré pero debes saber que ella es un tanto... especial. No le gusta hablar con todo el mundo.

—Pero es que yo voy a portarme bien, lo prometo, abuela. —La anciana sonrió segura de que su nieta pensaba en la luna como si fuera otro de los

reyes Magos que traían regalos en año nuevo.

Tan alejada de la realidad ¿Pero como arruinar sus ilusiones?

—Qué tal si te enseño una canción. —El semblante alegre de la niña cambió, la tristeza inundó su mirada de inmediato—. ¡Hey! Es una canción que le gusta a ella, si la cantas quizás venga. ¿Qué dices?

Laila alzó sus ojitos y la miró con verdadera curiosidad. Luego sonrió ante la idea de cantar una canción a la Luna ¡Y con lo mucho que le gustaba cantar!

—Está bien.

—Dice así:

Cuando la luna salga allá en el cielo gris

No olvides levantar la mirada y a ella sonreír

Sigue el camino que su luz va dejando en la noche

Y antes que salga la aurora deja una promesa volar

Y ella... ella su visita te hará.

Luego de la canción, las dos hicieron silencio mientras miraban el cielo estrellado, la luna estaba esplendorosa en su lugar, más brillante que nunca pero no se movió, no descendió. No hizo nada fuera de lo normal.

—No oigo nada. —Él ánimo de Laila decayó.

—Oh, no te preocupes mi cielo, seguro está dormida. —Su abuela la consoló—. Pero no olvidarás la canción ¿verdad?

—No —aseguró la pequeña.

—Bien —besó su frente, feliz de legar a su nieta una llave milagrosa detrás de aquella canción—. Está haciendo frio. ¿Qué tal si vamos por un chocolate caliente?

La sonrisa de oreja a oreja le confirmaba que su plan de animarla con chocolate caliente nunca fallaba. La anciana sabía cuánto su nieta adoraba aquella bebida, y sin duda le haría olvidar cualquier desdicha que estuviese atravesando.

Y juntas, al ritmo de una nueva canción y dando saltitos de emoción se refugiaron en el interior de la casa.

Capítulo 2

Capítulo 1

La mancha en forma de luna sobre su hombro derecho escocía otra vez, llevaba así durante todo el día. El ibuprofeno que se había tomado en la mañana para bajar la calentura ya estaba perdiendo efecto; volvía a sentirse enferma, sus ojos ardían, un martillo taladraba su cabeza y tenía una sed anormal.

—¿Estás bien? —preguntó Chase, el hijo del jefe y encargado del restaurant mientras sus padre hacían un viaje de vacaciones. El chico era un par de años mayor que ella pero conocía muy bien el negocio familiar y lo administraba como ningún otro, cuidaba de su futura herencia.

—Dame un segundo y lo estaré —le dijo después de vaciar una botella de agua.

Él la observaba recostado desde el marco de la puerta de la pequeña oficina para descanso. Normalmente ella era muy activa y eficiente y evitó lo más que pudo demostrar que no se encontraba bien desde que despertó. Algo en ella la incomodaba, seguro había pescado algún cuadro viral y con el ibuprofeno pensó que se le pasaría pero el malestar seguía fastidiando, incluso más intenso. Y para finalizar con broche de oro empezaban a dolerle los huesos.

—Si quieres puedo pedir a otros de los chicos que cubran tu turno, no hay muchos clientes hoy —ofreció su jefe.

—No, no. Ya estoy mejor —minitió. Se puso en pie e ignoró el crujir de sus huesos y el dolor casi insoportable de alguna de las coyunturas.

—Si es por las propinas no te preocupes, puedo darte algo más de tu salario.

—No dejaría que lo hicieras sino me lo gano. Por favor Chase, déjame hacerlo —le rogó—. Estoy bien, puedo trabajar.

—Nadie dice que no pero ¡Mírate! ¡Estás pálida, mujer!

—Solo un par de horas más y me iré a casa —juntó sus manos en plegaria. La muy manipuladora sabía que Chase no iba a decirle que no.

Él sacudió la cabeza, resignado, pero no dejó de arrugar el ceño con preocupación. Phoebe sabía que la consideraba su amiga, sin intenciones de nada más y eso no tenía precio porque se sentía igual hacia él. Entonces, esa teoría sobre un hombre y una mujer no siendo amigos sin

sentir algo más perdió sentido para ella.

—¿Phoebe? Hay un cliente en tu sección. —Una chica castaña, con pequeños ojos avellanas, asomó su cabeza por la puerta—. ¿Lo atiendo por ti?

—No hace falta, yo lo haré.

—Apresura el trasero, entonces. Porque estoy que muevo mis caderas hacia ese cliente. —La chica le guiñó el ojo y en ningún momento reparó de la presencia de Chase. Ignoraba a su jefe intencionalmente.

Phoebe se dio cuenta —por el matiz de sus palabras— que lo único que intentaba hacer era darle celos. Ya hace un tiempo había notado que entre esos dos saltaban chispas pero ninguno era suficientemente maduro para aceptarlo.

—No tienes remedio, Liz —bufó pasando por el lado de su compañera. Ajustó su delantal y se aseguró que su libreta de notas estuviera en uno de sus bolsillos.

Salió para atender a su cliente, tan pronto visualizó la única mesa ocupada de su sección, la marca en su brazo empezó a escocer otra vez. Lo único que divisaba desde su posición era una espalda de hombro anchos cubiertos por una remera negra un poco ajustada y una mata de cabello cobrizo que parecía indomable en la cabeza del chico.

"Salvaje". —Fue el primer pensamiento de Phoebe al ver a su cliente desde atrás. Y por una desconocida razón para ella, la marca sobre su brazo no dejaba de molestar. Algo en ella se precipitó hacia abajo cuando le vio tensar su espalda a medida que se acercaba.

Entonces el chico giró su cabeza hacia ella y unos intensos ojos verdes olivas la hicieron trastabillar cuando la perforaron, tuvo que hacer un poco de maromas para encontrar el equilibrio y no caer de bruces.

Él se puso de pie al instante pero ella le hizo un gesto para que tomara asiento nuevamente.

—Buenas tardes. ¿Puedo tomar su orden? —murmuró haciendo todo el esfuerzo para no tartamudear de lo avergonzada que estaba. Gracias a Dios el restaurant estaba vacío, a esa hora de la tarde no son muchas las personas que los visitan.

Pero para su sorpresa él se quedó allí parado, mirándola fijamente. Phoebe se sintió incomoda y tuvo que contener las ganas de llevar las manos a su rostro para verificar que todo estuviera en su lugar. Sin embargo, perdió toda intención cuando el chico acercó su rostro a ella y

empezó a olisquear su cuello.

La sorpresa primero y luego la confusión la invadieron ante aquel extraño gesto, digno de salir corriendo y huir lejos. "Pero no, Pheobe tiene que quedarse clavada en el suelo esperando que un extraño la olisqueara" —pensó molesta con sus propias piernas por no colaborar.

—¿Estas oliéndome?

—¿Perdón? —Él se alejó de golpe. Parpadeó varias veces, como si estuviera volviendo sobre sus cabales y aclarando las ideas. Al instante lo vio sonrojarse.

—Pregunto que si estas oliéndome —esta vez sí se alejó un paso atrás, sujetando con fuerza el block de notas en su mano.

—Tu aroma es... —volvió a aspirar mientras cerraba los ojos, hipnotizado por ella. Phoebe creyó comprenderlo.

—Oh, ya diría que eres demasiado guapo para ser hombre —bufó e ignoró la decepción que rasgó su interior—. Uso Ricci Ricci, de Nina Ricci.

El chico se sentó y la miró desde abajo, esta vez sacudió la cabeza y sonrió incrédulo.

—¿Piensas que soy gay?

—¿Otra razón por la que te interesaría mi perfume?

Él la miró con una ceja enarcada, la mitad de su rostro mostró una sonrisa petulante. Y eso la irritó, había algo que no lograba comprender de todo aquello.

—Porque te hace deliciosa —ronroneó con su voz deliciosamente ronca. La pobre chica casi se atragantó con su propia saliva tan pronto lo escuchó. Tuvo que mover sus manos rápidamente para evitar que su block resbalara de sus dedos.

—¿Ya sabe que va a pedir, señor? —prefirió irse por lo formal y hacer su trabajo, quería salir corriendo para refugiarse en la cocina cuanto antes. "Más perturbada por su forma de mirarme: imposible" —pensó irritada por su conducta.

—Algo rápido —Él se concentró en la cartilla del menú por primera vez. Phoebe aprovechó la distracción para hacer el intento de respirar con normalidad—. ¿Qué opinas de la hamburguesa de tocino y papas fritas?

—Mucho más deliciosa que yo —murmuró sin pensarlo. Casi se pega en la frente por no medir sus palabras—. Eh, quiero decir que... es buena elección.

—¿Y la cerveza de raíz también sabe mejor que tú? —Él volvió a hacer eso de sonreír de lado dejándola embobada por unos segundos. "¡Tiene una linda sonrisa! ¿Quién podría culparme?" —se excusó consigo misma.

—Enseguida traigo su orden.

Escribió rápidamente lo que había pedido y se alejó sin hacer contacto visual con él.

Apenas pisó la cocina soltó el aire que no sabía estaba conteniendo. Su cabeza no dejaba de latir con el dolor que repentinamente volvió.

—¿Qué tal el chico? —inquirió Liz empujando su hombro con el de ella.

—Guapo pero... raro.

—Explícate.

—Me dijo que olía delicioso.

Su compañera de trabajo le sonrió coqueta.

—Oh, eso me suena a: "Déjame tu número en la servilleta", ¿eh?

Pheobe rodó los ojos.

—Ni que estuviera loca. No saldría con un tipo que me olfatea como a un chucho.

—Pero no me puedes negar que esta guapo —las cejas de Liz bailaban sugerentes.

Phoebe miró por la ventanilla de pedidos, desde allí lograba ver la espalda de su cliente. Una punzada sobre su marca también volvió con eso.

—No, no voy a negártelo —suspiró derrotada—. Pero no saldría con él.

Lo haría, sí que lo haría pero no iba a decírselo a Liz porque la morena sería capaz de casarla con él esa misma noche si se lo propusiera. Ya había sido así con otros clientes y las cosas no resultaron muy bien que digamos. Phoebe no quería un corazón roto otra vez.

Pero lo que ella ignoraba es que en esta ocasión, era una opción imposible de evitar.

Capítulo 3

Capítulo 2

—Phoe, cariño ¿estás bien? —La voz de su madre al otro lado del teléfono no la tomó por sorpresa, Laila siempre se mostraba al borde de los nervios cuando su hija se enfermaba.

—Sí, mamá —puso los ojos en blanco aprovechando que ella no la veía. Su madre la hubiese regañado de ser así.

—Ven directo a casa, por favor —suplicó la mujer. ¿A dónde más iría? Lo único que deseaba era meterse bajo las sábanas y dormir dos días seguidos. A esa altura ya se sentía fatal, los síntomas del supuesto resfriado se habían acentuado con intensidad en su sistema.

Vagamente recordó unos síntomas similares ocho años atrás, cuando la mancha en su hombro apareció por primera vez.

—No te preocupes. Ya he salido del trabajo. Sería bueno que me recibieras con una enorme taza de chocolate caliente —pidió temblorosa. Sentía como el frío se mentía en sus huesos y la hacía tiritar.

—¿Sigues con calentura?

—Eh... Voy en camino, mamá —evadió la pregunta y con un beso al teléfono cortó la llamada.

Buscó las llaves del viejo auto usado que le había regalado su padre cuando se graduó de la preparatoria con la intención de que pudiera ir y venir de la universidad. Para ese entonces su padre no había tenido el accidente que lo despojo de su pierna derecha, dejándolo desempleado de inmediato. Y con eso, su espera para ir a la universidad se alargó digamos que unos dos o tres años más. Alguien tenía que cuidar de ellos.

Una vez dentro del auto encendió el motor e hizo acopio de la poca fuerza que le quedaba para lanzarse a un viaje de veinticinco minutos hacia su casa, en un pequeño pueblo rodeado de montañas fuera de la ciudad.

La oscuridad empezaba a caer mientras andaba, creyó haber oído en las noticias que un eclipse se formaría en el cielo tan pronto llegara la noche. A través del vidrio del parabrisas miró el firmamento y notó que estaba más oscuro de lo normal, despejado de nubes y estrellas, solo la luna en todo su esplendor esperando que la tierra impidiera a los rayos del sol iluminarla con su luz. De pronto sintió un escalofrío viajar por todo su cuerpo y el escozor en su mancha en forma de luna punzó con fuerza

hasta hacerla chillar.

Apenas un segundo cerró los ojos para recuperarse pero cuando los volvió abrir las luces del auto enfocaron a un enorme perro atravesado en su camino. Piso el freno con ahincó, y las ruedas chirriaron en el asfalto pero fue demasiado tarde. Sintió el golpe de haber atropellado al animal y se detuvo inmediatamente.

"Quizás aun esté vivo" .

Buscó la linterna en la guantera y desabrochándose el cinturón de seguridad se apresuró a salir. No iba a ser como otras personas sin corazón, no dejaría abandonado al animal si podía hacer algo por él.

Se quedó de piedra cuando no vio a nadie atropellado, se asomó debajo del auto pero tampoco había nada allí, ni siquiera rastros de sangre. Le pareció extraño, estaba segura de haberse llevado al animal por delante.

—¿Necesitas ayuda? —Se levantó de golpe. Del susto casi se cae sobre su trasero si las manos de aquel chico no la hubiesen sujetado con fuerza.

Lo reconoció al instante, era el cliente del restaurant que había olisqueado su perfume. Justo como lo hacía en ese momento.

Phoebe se espabiló y con un empujón no muy sutil lo alejo de su espacio personal.

—¿De dónde saliste? —le preguntó confundida, rápidamente buscó un auto a su alrededor pero no había nada que sirviera como medio de transporte para el chico, salvo el suyo. Y estaba convencida de que hace unos instantes atrás ella viajaba sola.

—Déjame ayudarte, no te ves bien —ofreció. Él llevó una mano frente a su rostro para cubrirse de la molesta luz de la linterna.

—¡No! Primero dime de donde saliste —le acusó con la mirada mientras averiguaba la manera de subirse a su auto sin el menor de los problemas. El chico se acercó a ella de unas zancadas y le arrebató la linterna pero no sin antes dejarle ver que un hilillo rojo descendía por su frente—. Estás sangrando.

—Ya sanará. —Él no se inmutó mientras se limpiaba con el dorso de su mano. Tampoco se apartó de ella, sino que volvió hacer aquello de inhalar su perfume muy cerca de su cuello.

—¿Ya te he dicho que hueles deliciosa? —ronroneó en su oído.

Se dio cuenta que el chico la veía sin verla, estaba como poseído, su sonrisa torcida y la forma en la que se lamia los labios la hicieron reaccionar. Phoebe ensartó una patada en su entrepierna provocando que el chico se doblara sobre su abdomen con un grito sordo en forma de "O".

Sin pensarlo dos veces entró en el auto pero maldijo cuando notó que las llaves no estaban en la cerradura.

—¿Buscabas esto?

El "imbécil" —pensó en nombrarlo de esa manera— sonreía engreído con las llaves en sus manos. Ella también quiso reír ante su cara retorcida de dolor. Él aun no se recuperaba del golpe. Pero dada las circunstancias lo único que hizo fue plantar su cabeza sobre el volante, sintiéndose impotente y al borde de las lágrimas.

—No entiendo porqué tanto alboroto. Solo quiero llevarte a casa —le escuchó decir. Cuando alzó la mirada llena de reproche, lo vio asomado por su ventana.

"¿Qué le parece tan divertido? ¿Es que acaso nunca se cansa de sonreír?" —pensó molesta.

—¿Vas a matarme? —preguntó con la barbilla alzada sin importar lo mucho que estaba temblando, como si fuera una hoja de papel. El chico se horrorizó por aquella pregunta y eso la confundió aun más.

—¿Qué? ¡No! Oye chica, no te ves nada bien. Podrías desmayarte en cualquier momento y allí si que podrías morir con tu auto estrellado en alguna parte.

Él tenía razón, el dolor en todo su cuerpo era cada vez más insoportable, sus ojos ardían y podría asegurar que estaba empezando a ver motitas rojas. Pero aun así no dejaba de sentirse insegura permitiendo que él la llevara a quién sabe dónde.

Con lo débil que estaba podría aprovecharse de ella.

—Está bien —dijo después de un largo suspiro. Su acosador le regaló una sonrisa victoriosa y ella hizo algo más parecido a una mueca.

Salió del auto para cederle su puesto pero en el momento que puso sus pies sobre el asfalto corrió por la carretera sin mirar atrás.

Le oyó maldecir—. Hey, espera. Regresa aquí.

Pero ella apresuró sus pasos, sabía que era en vano, con lo adolorida que estaba no iba a llegar muy lejos; él podría alcanzarla si quisiera pero no

se la llevaría sin antes haberle dado pelea.

Alivio le recorrió el cuerpo cuando vio las luces de un auto a pocos metros, empezó a hacerle señas con las manos y a gritar para que se detuviera. Su corazón dio un vuelco dentro del pecho cuando reconoció aquel Caprice plateado.

—iPhoebe! —Su madre corrió hacia ella cuando detuvo el auto en medio de la carretera—. ¿Qué sucede? ¿Dónde está tu auto? —inquirió alarmada.

Ignorando sus preguntas, ella se arrojó a sus brazos sintiendo que las fuerzas se le agotaban.

—Mamá... —balbuceó aliviada antes de desmayarse sobre Laila.